

## RESEÑA

**Francisco CROSAS LÓPEZ, De diis gentium. Tradición clásica y cultura medieval. Nueva York: Peter Lang-Ibérica, 1998, 202 pp.**

**Por Juan Pablo Calleja**

---

*Universidad de Nacional de La Plata*

En este estudio, Francisco Crosas López intenta dar cuenta de lo que llama "historia de una continuidad", es decir, la historia de la tradición clásica en la cultura medieval, con especial referencia al ámbito hispánico y a los poetas del siglo XV (precisamente, este libro se presenta como el resultado de la primera parte de una investigación acerca de la presencia del legado clásico en estos poetas). Se propone realizar con él una obra de síntesis *que* pueda servir de introducción al problema, incluyendo por este motivo las distintas manifestaciones artísticas y culturales, tales como textos poéticos, glosas a los textos antiguos, a las mitografías, los clásicos moralizados, los tratados astronómico-astrológicos, la glíptica y la iconografía.

El estudio se organiza en dos capítulos y un excursu. El primero, que lleva el título de "La antigüedad grecolatina en la cultura medieval", se ocupa en primer término de la iconografía, más específicamente de las fuentes de la materia clásica y de los temas clásicos que intervienen en la iconografía medieval; luego realiza un comentario breve sobre el problema del canon clásico en las bibliotecas medievales, en especial en lo que concierne a las españolas del siglo XV - algo confuso, dado que incluye referencias a las bibliotecas de los Medici o a la de Martín V-, con la intención de definir el perfil intelectual de sus lectores; por último (en un apartado titulado "La clásica en los textos. De la Antigüedad a la *aetas ovidiana*.") se dedica al problema del anacronismo, y, finalmente, emprende una suerte de catálogo de los textos medievales que tienen como asunto la materia troyana o la poesía y las figuras de Virgilio y de Ovidio.

En el segundo capítulo de su libro, Crosas López reseña la supervivencia de la tradición clásica en la Edad Media en lo que concierne a la mitología; primero, en las mitografías, luego, guiado por el análisis de tres tradiciones de lectura de tal materia: el evemerismo, la interpretación astrológica y el alegorismo. El excursu está dedicado a la glosa y la exégesis de tres motivos -Narciso, Tiresías y el episodio de Hércules y Anteo- en diversos textos, desde las *Mitologías* de Fulgencio (467-532) hasta el *Theatro de los dioses de la gentilidad*, de Baltazar de Vitoria y Juan Bautista de Aguilar, texto que, a pesar de haber sido escrito y editado en el siglo XVII, conoció tres ediciones más a lo largo del XVIII. En este excursu como en el resto del estudio, se propone demostrar el rol fundamental y

único de la Edad Media en la preservación de la tradición clásica. Su conclusión; como la de todo libro, es cierta convicción alcanzada por el autor de que la reiteración tanto de los elementos textuales como de una misma actitud intelectual al a lo largo de tantos siglos pide ulteriores estudios que superen las visiones al uso de la recepción del legado clásico"(139).

Entre las objeciones que el trabajo de Crasas López suscita en el lector, la más grave es la que concierne a la conclusión antes citada, por la importancia del asunto y, en especial, por su notoria vaguedad; para algunos lectores, tal vez sea más grave cierto carácter escolar y fragmentario. Ya en la introducción alude a la "invención" del Renacimiento, que considera tan útil como peligrosa para el estudio de la Edad Media. Según el autor, en casi la totalidad de los estudios no realizados por medievalistas sobre algún aspecto de la literatura europea, la cultura de la Edad Media aparecería como un mero punto de partida no demasiado interesante en si mismo y, en los casos de que sí lo fuera, "como 'precedente' de la supuesta y casi mágica recuperación" de cierto legado que habría permanecido oculto o adulterado hasta el Renacimiento (2).

De manera similar, cuando se ocupa del problema del anacronismo, Crasas López interpreta la ausencia de distancia histórica en la recepción del legado clásico por la Edad Media que reconoce distinta a la renacentista como el resultado de una "familiaridad" y "soltura"(27) ignoradas, por ejemplo, por un erudito del siglo XVIII de gusto neoclásico; familiaridad y soltura en las que descubre, de manera poco coherente quizás, un indicio de la concepción medieval que ve en la antigüedad su preparación y a su propia edad como heredera.

En primer lugar podríamos decir que, tal como observa Panofsky en *Renacimiento y renacimientos en el arte occidental*, la puesta en duda de la mera existencia de un Renacimiento de la Antigüedad no impide la curiosa eventualidad de denostarlo. También podemos señalar lo dudoso de la elección de un erudito neoclásico del siglo XVIII como ejemplo de la distancia renacentista, precisamente cuando el mismo Renacimiento ya se habría extinguido o degradado; una elección que, como en otros pasajes, parece indicarnos, por parte del autor, cierta deficiente comprensión, del Renacimiento y de su carácter distinto frente a la Edad Media o la Modernidad, carácter en el que insisten eruditos como Panofsky o Huizinga, a quienes, ciertamente, no puede reprochárseles incompreensión o desprecio por la cultura medieval. Por último, resulta bastante curioso que, aun cuando el autor dedique todo un apartado a iconografía y varios pasajes al fenómeno del anacronismo, ni siquiera mencione para discutirlo el famoso principio de disyunción entre forma clásica y tema clásico que consigna Panofsky en el libro ya citado. Lo mismo ocurre con el doble carácter de la relación entre Antigüedad y Edad Media en la cultura de esta última que, según señala Panofsky (de manera en extremo lúcida, a nuestro criterio), subyace a tal principio: ausencia de

distancia, tal como reconoce Crosas López, pero también conciencia del abismo entre paganismo y cristiandad. Un abismo que se diluye si, como hace el autor en el excursus, partimos de los mitógrafos de una época y una cultura que, como la de san Fulgencio, era ya cristiana.